

MATTHEW BROWN, *AVENTUREROS, MERCENARIOS Y LEGIONES EXTRANJERAS EN LA INDEPENDENCIA DE LA GRAN COLOMBIA*, MEDELLÍN, UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA/LA CARRETA, 2010, 277 pp.

El tema de la participación de los extranjeros en la independencia de la Gran Colombia ha sido estudiado por historiadores militares, quienes se han interesado en resaltar los aportes de algunos extranjeros a los triunfos de los ejércitos bolivarianos en las principales batallas del período independentista. Punto de vista que tuvo origen en la obra historiográfica de José Manuel Restrepo y en las memorias del general Daniel Florencio O'Leary, interesados en destacar la valentía y lealtad de algunos oficiales europeos. Pero, además de mostrar el heroísmo de individuos como James Rooke, Arthur Sandes, Thomas Wright o John Illingworth, no ha faltado en esta tradición historiográfica quienes se dedican a publicar verdaderos libelos contra los villanos de la historia, entre otros, Gustavus Hippiusley, Henry Wilson o Ruperto Hand. Uno de los estudios más representativos de esta mirada historiográfica es el de Alfred Hasbrouck y Vicente Lecuna, el cual concluyó que la independencia no hubiera sido posible sin el profesionalismo y la experiencia militar de los legionarios extranjeros. Otros autores que siguieron este mismo enfoque fueron Eric Lambert, Luis Cuervo Márquez, Guillermo Plazas Olarte, David Waddell y Sergio Elías Ortiz, entre otros. En general se trata de textos que se centran en los aspectos diplomáticos de las relaciones entre las naciones europeas y los patriotas neogranadinos, relatan las batallas, mencionan los muertos y los heridos, edifican héroes y denigran villanos. Algunos son sencillamente una colección de reseñas biográficas sobre aquellos individuos que alcanzaron la categoría del héroe.

En cuanto a historia diplomática propiamente dicha, existe un grupo de trabajos, integrado por las recopilaciones documentales de Charles K. Webster y F. B. A. Stevenson, y R. A. Humphreys, las cuales recogen informes y correspondencia de diplomáticos y cónsules británicos. Estas publicaciones reflejan la preocupación del gobierno británico por el proceso de independencia en Hispanoamérica y por sus repercusiones internacionales, diplomáticas y comerciales. La recopilación de Malcolm Deas y Efraín Sánchez se centró en la opinión que se formó la prensa británica y norteamericana sobre el régimen del general Santander entre 1820 y 1830. Mientras que David Sowell recopiló una selección de prensa norteamericana en torno a la reputación e imagen del Estado colombiano.

Hasta la fecha el único trabajo publicado que cuestiona la historiografía antes mencionada y propone nuevas perspectivas de análisis es el del historiador británico Matthew Brown, en su tesis doctoral "Adventuring through

Spanish Colonies. Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations”, cuya traducción –aunque fue publicada con un título distinto al del inglés– es objeto de la presente reseña y, valga decir, que fue defendida ante un tribunal integrado por Josep Fontana, John Lynch, Anthony McFarlane y Raymond Buve. Por considerar Brown que la tradición historiográfica ha dependido mucho de los archivos ingleses y norteamericanos –lo que produjo visiones reduccionistas de los extranjeros enrolados en los ejércitos bolivarianos–, en su investigación incluyó archivos colombianos, ecuatorianos, venezolanos, españoles, escoceses, irlandeses e ingleses. Solo de esta manera se propone cambiar la visión convencional según la cual los militares, comerciantes y diplomáticos extranjeros eran figuras unidimensionales que solo merecen atención por su ocupación puntual. Teniendo en cuenta las limitaciones de los historiadores que lo precedieron, Brown estudia la forma como interactuaron los legionarios europeos –a quienes prefiere denominar “aventureros”– con las diferentes sociedades de la Gran Colombia, antes, durante y después de las guerras de independencia. Lo interesante de este texto es que analiza aspectos descuidados por la historiografía tradicional y recupera materiales para plantear hipótesis inéditas sobre el tema. Pone en tela de juicio lugares comunes de la historiografía europea que exageran el aporte británico y señala, siguiendo a John Lynch y a Eric Lambert, que el gobierno británico no dio ninguna asistencia militar oficial a los independientes y mostró una política tímida y vaga con respecto a América. Se centra en las relaciones entre los legionarios menos conocidos y los diferentes grupos sociales y étnicos, no solo las élites, aunque estas no son excluidas. Verbigracia, se refiere a los vínculos sociales entre algunos extranjeros y los indígenas y esclavos, con quienes se emborrachaban, entablaban relaciones sexuales, robaban o actuaban por fuera de los ejércitos regulares para dedicarse al pillaje. Es el caso de la guerrilla dirigida por el inglés Juan Runnel que azotó los campos del Valle del Cauca entre 1816 y 1820.

El método prosopográfico o de biografía colectiva le permitió a Brown construir una base de datos referente a un número cercano a los 3.000 de los 7.000 aventureros que salieron de los puertos europeos con el propósito de enlistarse en los ejércitos bolivarianos. El objeto es propiamente el análisis de los encuentros culturales entre los aventureros extranjeros y los criollos, no solo en el campo de batalla, sino en las fogatas del campamento y en los hogares, para ver cómo influyen estos encuentros en la construcción de identidades colectivas durante y después de la guerra. Se estudian las diferentes facetas de las vidas de los extranjeros, es decir, motivaciones, lealtades, habilidades, actividades comerciales, vida cotidiana, vida familiar, relaciones de poder, así como sus discursos identitarios en términos de clase, género y raza.

Como lo manifiesta el autor, dicho estudio pretende romper con la “prisión historiográfica” de las batallas, el heroísmo y el drama político en el que estuvieron atrapados los historiadores que han seguido las huellas de José Manuel Restrepo. Brown también se propone ampliar el arco temporal, planteando su problema en la transición entre la Colonia y la República, y por ello fija su atención en algunas continuidades como las señaladas por Víctor Uribe Urán, Sarah Chambers y Aline Helg en torno a la importancia de los conceptos coloniales relacionados con el género y el honor; o la de Clement Thibaud, quien ha señalado cómo las unidades militares de la década de 1810 estaban arraigadas en el molde de las milicias coloniales, lo que afectaba su capacidad. Y, a contracorriente de los historiadores imperiales británicos, Brown se interesa por aquellos territorios que, como América Latina, formaban parte del imperio informal, ubicando de paso a los aventureros en un trasfondo de “movimientos transnacionales, migraciones y redes”.

En cuanto a terminología, Brown critica las nociones empleadas por los autores que lo proceden para referirse a los aventureros: “auxiliares” (Restrepo), “legionarios” (Hasbrouck), “voluntarios” (Lambert), “héroes errantes” (Giorgio Antei) y “mercenarios” (Flórez Malagón) u otros apelativos despectivos empleados por los españoles. En su remplazo, Brown propone llamarlos “aventureros”, por considerar que las motivaciones de esos siete mil individuos que se enrolaron en los ejércitos bolivarianos en Europa eran tan diversas, que hubo tanto quienes se ofrecieron como voluntarios, como quienes lo hicieron solo por la paga y el saqueo. Además sus experiencias fueron tan variadas que no pueden enmarcarse únicamente en las llamadas legiones británica e irlandesa, las cuales se disolvieron tan pronto pisaron suelo americano. Según Brown la “cultura de aventura” es producto de la combinación, durante las guerras de independencia, de los conceptos coloniales del “honor” –basado en la casta, el linaje y la sangre–, con el culto romántico al valiente héroe militar masculino. Además, el culto al héroe aventurero fue común a Europa y América y la idea de una “cultura de aventura” compartida entre extranjeros e hispanoamericanos permite comprender mejor sus encuentros.

Así que la “cultura de aventura” es entendida como un conjunto de imaginarios, discursos y prácticas, comunes a la sociedad occidental, que les permitía a hombres de todas las procedencias sociales y geográficas adquirir honor y ascender en la escala social, a través de su participación en “aventuras patrióticas”. La cultura de aventura se relacionaba con otros términos como el de emprendimiento, ya que el aventurero, para lograr su objetivo, debía diseñar o participar en una campaña militar, superando dificultades en medios inhóspitos y vencer tanto a la naturaleza como a los enemigos de la patria adoptiva. Esta cultura de aventura era de dimensiones trasatlánticas y muchos fueron los soldados héroes dispuestos a sacrificarlo todo, incluso sus vidas, en

nombre de la patria y a cambio de la estima social. Se trata de un concepto necesariamente amplio, como lo reconoce el autor, pero agrega que la misma palabra “aventura” era de uso común en el período de estudio.

Ahora bien, reconociendo los aportes y logros de la obra de Matthew Brown que son muchos, gracias a la revisión de importantes masas documentales a ambos lados del océano, y dando por sentado que el concepto “cultura de aventura” tiene gran valor hermenéutico, es el momento de plantear algunos comentarios críticos sobre la misma. En primer lugar, se trata de una historia que intenta abarcar los territorios de las actuales repúblicas de Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela y que, además, se plantea una mirada a un período de transición de casi cien años. No obstante, si se analiza con cierto cuidado, es evidente que una cosa fueron los propósitos e intenciones del autor y otros los resultados. Así por ejemplo, se plantea una historia que abarca el período de tránsito entre la Colonia y la República, pero los 3.000 aventureros que estudia son aquellos que llegaron a partir de 1817 por los puertos venezolanos, los cuales en su mayoría eran ingleses e irlandeses. Nada dice sobre aquellos que llegaron entre 1812 y 1816 y mucho menos de aquellos que lo hicieron entre fines del siglo XVIII y 1812. Debido a esto en su obra no se menciona a los militares franceses y de otros lugares que llegaron en dicho período, así que están ausentes por completo nombres tan significativos como Manuel de Serviez, Luis Girardot, Luis F. de Rieux, Pedro Labatut, Luis Bernardo Chatillon, Carlos Alejandro Bobin, entre otros, quienes fueron militares de fuste durante la Primera República.

Así que, a pesar de plantearse como una historia de transición, llama la atención que en la presentación de resultados, se marque con tanta claridad la discontinuidad que significó la llegada de las legiones inglesa e irlandesa. Y, aunque se propone una mirada global al conjunto de aventureros, se dejan de lado personas y situaciones que no pueden ignorarse de un plumazo, cuando de comprender un proceso se trata. Quizás, por su afán de romper con la historiografía tradicional y por tratar de marcar una diferencia con esta, Brown invisibilizó, sin quererlo, los temas y sujetos de interés de aquellos historiadores con los que polemizaba.

Por otro lado, su insistencia en una supuesta “cultura de aventura” y la acuñación resignificada del término “aventurero” para referirse a todos los extranjeros que llegaron durante el período de la independencia, además de olvidar que en la época ese vocablo tenía una fuerte carga peyorativa, no es útil para diferenciar a unos de otros. Al reconocer que es interesante desde el punto de vista hermenéutico buscar una cultura común a grancolombianos y a extranjeros, sería igualmente necesario buscar los elementos culturales divergentes entre aquellos, para poder establecer lo que es común y lo particular. Y, no quiere decir que Brown desconozca las diferencias sino que resultan

circunstanciales frente a la unidad cultural del espíritu de aventura. Tal vez no sea adecuado el símil pero la “cultura de la aventura” se parece mucho a esos espíritus de época o “mentalidades” que intentan englobar y diluir las diferencias culturales, sociales y políticas de grupos humanos tan disímiles.

Rodrigo de J. García Estrada  
Universidad de Antioquia

ROGER PAUL DAVIS, ***EL ECUADOR DURANTE LA GRAN COLOMBIA (1820-1830). REGIONALISMO, LOCALISMO Y LEGITIMIDAD EN EL NACIMIENTO DE UNA REPÚBLICA ANDINA***, TRADUCCIÓN DE ANDRÉS LANDÁZURI, BIBLIOTECA DEL BICENTENARIO NO. 25, QUITO, BANCO CENTRAL DEL ECUADOR (MINISTERIO DE CULTURA), 2011, 332 PP.

Con Roger Paul Davis, y con los editores de su obra en castellano, la historiografía ecuatoriana ha contraído una significativa deuda intelectual. *El Ecuador durante la Gran Colombia...* ilumina uno de los períodos menos estudiados de ese país andino. El antiguo Banco Central del Ecuador –ahora parte del Ministerio de Cultura– ha sido el responsable de que esta investigación, originalmente escrita en inglés, esté ahora al alcance del público especializado hispanoparlante.

Pretendemos, en lo que sigue, presentar de manera descriptiva los argumentos fuerza que animan esta obra; introducirla luego dentro de las discusiones historiográficas ecuatorianas recientes sobre los momentos inmediatamente anteriores o posteriores al período que aborda *El Ecuador en la Gran Colombia...* para apreciar el panorama de investigaciones históricas al que arriba esta traducción y cómo se inserta dentro de un acumulado de trabajos recientes sobre el XIX ecuatoriano, especialmente relacionadas con una variable de análisis presente en todos estos aportes: el componente regional; para dejar, finalmente, consignadas algunas impresiones relativas a los aspectos formales de la obra de Davis editada en castellano.

Las primeras líneas de la “Presentación” del libro advierten al lector sobre la importancia de la obra entre manos. Se trata de un estudio que pretende colocar “la pieza que faltaba” en el análisis de todo un período que inicia en 1809 con el pronunciamiento juntista de Quito, y culmina con la declaración del Departamento de Ecuador como independiente de la República de Colombia, en 1830 (dos décadas más tarde), cuando la formulación bolivariana de un Estado que abarcó los territorios del antiguo virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela y la audiencia de Quito, tocó a su fin en medio de fuerzas centrífugas, pretensiones regionales, reacciones federalistas, pugnas entre el Congreso y el presidente Bolívar, y guerras internas. Entre el